

... Y ya te echo  
de menos



Andrea París Gómez



# *CAMBIOS*



Cada segundo que transcurría estaba más segura, cada bocanada de aire que inhalaba, cada paso que daba, cada sensación... todo me indicaba que era verdad, que estaba en lo cierto. Cada recuerdo que regresaba a mi mente, me hacía pensar en que la normalidad ya no existía en mí. Cuando me miré al espejo no me reconocí, un escalofrío me recorrió el cuerpo, acompañado por un suspiro silencioso. No pude contener una lágrima que libre se desprendió de mi retina.

El rímel que había lucido la noche anterior y que se me había corrido no era suficiente para afeitar mis rasgos perfectos. Mi piel suave, fina y bronceada; mis labios enternecedores y peligrosos; y mis penetrantes, inexpresivos y desafiantes ojos verdes, a quienes les rodeaban las largas pestañas. Mi rostro no tenía ninguna imperfección, todo estaba en armonía, todo era belleza.

Acaricé mi sedoso, brillante y negro pelo y seguí con mis delicados dedos la forma de su onda natural. Entonces bajé la mirada para contemplarme de pies a cabeza. Y vi una chica hermosa, muy delgada, de largas piernas y marcadas curvas. Mi cuello era largo, ideal para lucir hermosa pedrería.

Yo estaba sentada en una cama que se hundía a mi peso, estaba deshecha. La colcha era rosa, blanca y mullida. Había flores y plumas por toda la habitación. En mi mano había una rosa roja con la que jugueteaba inquietamente, moviéndola entre mis finos dedos. Mi indumentaria dejaba bastante claro que acababa de despertarme, ya que tan solo tenía puesta la ropa interior y una camiseta grande y holgada.

Cerré los ojos, esa imagen de alguna manera me entristecía, incluso siendo tan perfecta. Mantuve los párpados juntos un rato hasta que los separé con brusquedad. Respiré hondo y me levanté de la cama.

¿De qué servía ser tan bella cuando en verdad eras una mentirosa? Una cínica. Me dolía el simple hecho de pensar que las cosas habían cambiado. Me dolía el desengaño de saber que los gustos y el amor, son muy caprichosos. No soportaba pensar en lo que le estaba haciendo a Robert.

Me enredé el pelo con las manos y me dirigí hacia la puerta, torcí el picaporte para salir de la habitación con un paso lento y pesado.

Toda chica soñaba con una vida como la mía. Cada mañana al despertar tenía el desayuno preparado y una hermosa sonrisa dedicada. Robert siempre se preocupaba mucho de mí.

Cuando entré en la estancia no había nadie. Me sorprendió no encontrarle; sin embargo, había un plato con un par de tostadas sobre la mesa junto a una rosa roja, idéntica a la que yo sostenía.

Tomé la otra flor mientras mostraba una sonrisa al pensar en la dulzura de Robert, pero vi que escondía una carta bajo ella. Leí en susurros y con gran agilidad:

“Buenos días, preciosa, ¿qué tal el despertar?, ¿ha sido tan bonito como el anochecer? -reí ante los recuerdos de la noche anterior- Te he dejado preparado el desayuno, como podrás ver... supongo que serán las últimas tostadas que te prepare. Me llamaron ayer, ¡han aceptado mi trabajo en Europa! así que... probablemente, este justo momento que lo estás leyendo estaré en el aeropuerto, a punto de coger el avión hacia el este. -la sonrisa de mi rostro se invirtió y mis labios quedaron relajados, en una expresión seria- y nada me hubiera gustado más que haberme despedido... pero... no he podido. Perdóname, y por favor, no me olvides, yo jamás podría olvidarte. Te quiero, te quiero de verdad recuérdalo siempre”.

Me dejé caer en la silla, apoyé el codo en la mesa y me sujeté la cabeza con la mano. No podía creer que Robert me hubiera hecho aquello. Me había dejado sin ni siquiera avisarme, sin despedirse, sin pereza... me había dejado allí como si se hubiera olvidado un céntimo en el parque. Ahora era yo la que se sentía engañada, ahora era yo la víctima de la farsa... ¿por qué habíamos estado actuando tanto tiempo?

Miré el reloj, me tranquilicé al ver la hora, todavía era temprano. Cuando terminé de comer me dirigí hacia el baño para ducharme.

Agaché la cabeza, dolía sentir la casa tan vacía. En el suelo pude ver manchas, paré para limpiarlas. No eran de

hacía mucho tiempo, el líquido, espeso y marrón no estaba del todo seco ni pegado al parqué. Lo toqué con el dedo índice, y sorprendentemente el color del que tiñó mi piel fue un rojo brillante. Sangre.

Continué andando.

El agua cálida. Una nube de vaho que me rodeó y abrazó, las gotas de agua se resbalaban por mi cuerpo, dejando un rastro húmedo tras de ellas y creando bonitos dibujos en mí. El olor a champú me relajó, me masajeeé el cuero cabelludo para dejar bien limpio mi pelo. Al salir de la ducha, me estremecí frente al frío y corrí a coger una toalla para conservar el calor mejor. Caminé hasta la habitación que Robert y yo compartíamos, pero que ahora me pertenecía solo a mí. Abrí el armario que había dentro de la pared y extraje de él la ropa que llevaría a la universidad ese mismo día. Unos vaqueros que parecían desgastados pero habían salido de la tienda hacía dos días. Conjunté los pantalones con una camisa abotonada de un rosa tan claro que podía confundirse fácilmente con blanco, y un pañuelo rosa fucsia al cuello. También cogí la ropa interior y el calzado: tacones no muy altos y cómodos, con un poco de plataforma y cerrados, ya que el tiempo era lluvioso.

Regresé al cuarto de baño para acicalarme el pelo y vestirme. Pasé mucho tiempo secando y planchando mi salvaje cabello. Por último eliminé todas las marcas de maquillaje, y tan solo me perfilé el contorno de los labios con un color poco llamativo. Una vez me consideré lista,

avancé hasta la cocina de nuevo, cogí las llaves del coche y bajé al garaje.

Mi semblante, serio, se veía incapaz de esbozar una sola sonrisa. Sentí las lágrimas corriendo por mis mejillas. Robert...

Conduje con cautela y precaución, ya que la carretera estaba mojada y mis ruedas empezaban a sentir la necesidad de ser cambiadas por otras nuevas que se agarraran mejor al asfalto.

Desde la carta de esa mañana me sentía cansada y pesada, me sentía triste. Miraba a través de la luna del coche: una carretera recta, con bosque a ambos lados y que iba a morir a un punto en la lejanía.

Estuve todo el día ausente, pensando en mí. Me engañaba diciéndome que Robert ya no me preocupaba, él tampoco se había preocupado de mí cuando decidió irse sin decir una palabra. Todavía tenía el fresco recuerdo de la noche anterior, del calor de su cuerpo, del roce con su piel... mis dedos desabrochando los botones de su camisa, acariciando con la palma de la mano su torso definido. Había fijado mi mirada en sus ojos, inexpresivos aunque dulces. De un marrón verdoso que pasaba totalmente desapercibido. Me rodeaba la cintura y había acercado su boca a mi cuello, creándome un escalofrío al sentir su aliento en la garganta. Me besó bastante más abajo de la oreja y luego sentí su respiración ascender hasta ella: Te quiero. Me había jurado que me quería la noche anterior a abandonarme.

Lo cierto era que hacía mucho tiempo que nuestra relación se había enfriado. Cuando estaba Robert podía refugiarme en él, podía mentirme intentando convencerme de que le amaba. Por supuesto Robert fue una persona demasiado importante en mi vida y le quería, creía imposible poder olvidarle alguna vez.

Me entristecía inmensamente que se hubiera marchado, pero pensándolo fríamente era lo mejor que podía haber pasado. Tarde o temprano no podría continuar mintiendo. Me ratifico en que quería a Robert, pero el corazón es caprichoso, y no siempre se controla de quién se enamora uno. No quería hacerle daño, pensaba que él sí me quería, aunque por lo visto, no tanto como creí.

Cada vez que se acercaba juraría haber sentido cariño, amor, atracción... Es difícil de comprender al principio, pero no nací como el resto de personas, podía presentir los sentimientos y emociones de los seres de mi alrededor. Me llevaba ocurriendo desde pequeña, tan solo mis padres y mi hermana lo sabían. No quería ser portada de periódico, no quería que me investigaran ni tampoco que me atribuyesen motes o seudónimos desagradables. Bueno, en realidad eso lo pensó mi madre y me prohibió contarlo. Tan solo una vez se lo dije a mi mejor amiga del colegio y creyó que estaba mintiendo o jugando.

Como ni mi familia ni yo quisimos ir al médico o hacerme resonancias o... en fin, hacerlo público, ninguno de nosotros tenía idea de la causa. De esta forma fue como comenzó mi intriga por la medicina, más concretamente por la neurología. Yo siempre me caractericé por ser estudiosa y aplicada, me gustaba estudiar y al terminar la

carrera de neurología, como algunas asignaturas se convalidaban, me animé a empezar genética también. Ese era mi último año.

Salí del centro de estudios, volvía a casa.

Para llegar al coche tenía que atravesar algunos callejones estrechos que, tan de noche como era, daban un poco de miedo. Anduve subiendo y bajando cuevas comprendidas por dos muros que parecían recelosos ante la idea de separarse. Entonces llegué a una callejuela oscura y tenebrosa, era mi favorita. El corazón me dio un vuelco y paré en seco cuando tomé la curva que daba comienzo a la pequeña calle. Me resultó extraño no escuchar el ruido de mis tacones sobre el asfalto y las piedras que recubrían el suelo al dejar de andar.

Mi respiración se aceleró, mis piernas temblaron, millones de preguntas acudieron a mi mente: ¿sabría él lo que me había sucedido esta mañana?, ¿pensaría asaltarme hoy?, ¿hablaría por fin con él?, ¿estaría?

Tenía la sensación de que él estaba allí, en aquel lugar donde nos conocimos, en ese húmedo y desértico paraje, en el frío y escalofriante callejón que tanto me gustaba, pero me gustaba solo porque estaba él.

Mi cuerpo no respondía, estaba paralizado, el silencio era insoportablemente inquietante. El frío penetraba a través de mi carne, filtrándose por los poros y llegando hasta los huesos. La oscuridad me complacía, me encantaba la noche, me encantaban aquellas citas anónimas con el chico del callejón.

El vaho salía de mi boca y ascendía en busca de un lugar más cálido que nunca encontraría. Mis labios cortados deseaban hidratación, y mi pálida cara, un fuego hogareño donde volverse bronceada.

Respiré profundamente e intenté calmarme, ese era el único paso para llegar a la plaza de aparcamiento donde me esperaba impacientemente mi coche. Decidí avanzar, con decisión y sin pausar. Miré hacia todos los lados, ninguna luz iluminaba mi camino, ni siquiera la luz de mi alma, es decir, él no apareció. Me extrañó tanto que no pude evitar darme la vuelta para mirar atrás, pero solo vi esa nada que caracterizaba la callejuela. Algo disgustada, pero a la vez aliviada, retomé mi camino, no tuve ninguna interrupción. No hasta que llegué al coche.

Cuando alcancé mi poderoso vehículo, me sorprendió ver una nota en el parabrisas, pensé en una multa, pero me extrañó, ya que no había infringido ninguna regla de circulación. La tomé en la mano, y no me hizo falta leerla para saber a quién pertenecía, con solo olerla podía saberlo. Tan solo había escritas dos palabras que no supe muy bien cómo interpretar: “por fin”.

¿A qué se refería con “por fin”? ¿cómo sabía cuál era mi coche?, ¿se referiría a que lo ocurrido esta mañana a cerca de Robert?, ¿tendría que ver con mi extraño don?, ¿que por fin había encontrado mi nombre?, ¿había descubierto algo sobre mí que no debería saber?, ¿iqué era lo que pretendía decir!?

La cabeza me daba vueltas, pero me pudieron el frío y la humedad y decidí meterme dentro del automóvil. Esperaba

que este estuviese caliente y calefactado, a pesar de que sabía que no. Puse la calefacción lo más cálida posible y esperé a entrar en calor.

Arranqué el motor del coche y salí despacio de aquel sitio. Cuando llegué a la carretera pisé más a fondo el acelerador para tardar menos en llegar a la casa que antes nos pertenecía a Robert y a mí. La calefacción se agradecía y poco a poco fui despejando mi mente y pensando más claramente.

Aparqué el coche en el garaje y tardé en salir de él, ese día había sido realmente sofocante y cansado, me costaba bastante hacerme a mi nueva vida, a levantarme y no tener el desayuno sobre la mesa, a tener que hacer el papeleo yo misma y a estar sola en casa, sin nadie que me hiciera compañía. Barajé la idea de comprarme una mascota, tal como un perro, pero todo el tiempo que me ocuparan los animales me lo quitarían de estudiar parte de mis exámenes, así que opté por dejar que los pequeños canes fueran adoptados por una persona que los pudiese cuidar mejor que yo.

Subí las escaleras pesadamente, y cuando alcancé la puerta y la abrí, de alguna manera una tristeza me invadió profundamente. Todo estaba en silencio, no había nadie en casa, Robert no había vuelto, nunca iba a volver.

Me senté en el escritorio y saqué un libro grueso y pesado. Al mover el cuello sentí un pinchazo. Me palpé con los dedos y fui al baño para mirármelo en el espejo. Se había hinchado, parecía una picadura, pero no de

mosquito, era algo más grande, como cuando te pinchan con una jeringa y se enquistaba...

Retorné al escritorio.

La mano me dolía de tanto escribir y los ojos se me estaban cerrando. Me resultaba realmente difícil mantenerme despierta, pero tenía que terminar de estudiarme las dos últimas páginas. Tenía que aprendérmelo todo, cada uno de los párrafos. Me estaba entrando jaqueca, estaba agotada de todo el día, había sido demasiado intenso. Sin embargo, debía estudiar... estudiar... estudiar...

Una vez consideré que conocía suficientemente bien el tema expuesto esa misma mañana, me retiré a mi triste cama. Estaba deshecha y esperando a dos cuerpos que calentaran sus sábanas, pero esta vez uno fallaría.

Miré el reloj por curiosidad, a la mañana siguiente estaría realmente cansada, eran las dos menos veinticinco, un poco tarde para mis horarios, solía permanecer despierta hasta las doce o la una de la mañana.

Me desvestí y luego me tumbé en mi blando colchón, que encontré sorprendentemente grande y confortable. Espacioso ahora que no lo tenía que compartir. Escondí las dos grandes esmeraldas que tenía por ojos, me dolían, estaban cansados de trabajar y ser forzados tanto durante todo el día. Los dejé descansar y en cuestión de segundos viajé al reino de los sueños, dispuesta a afrontar una aventura como cada noche.

Mientras intentaba dormirme, moví un brazo hacia el vacío y frío hueco que solía ocupar Robert. Me erguí y crucé una almohada en posición vertical con respecto al colchón, lo tapé con las sábanas y me abracé a ello como si se tratase de él.

Entonces sí que pude conciliar el sueño.



Disfrute de la vida, porque no vas a salir vivo de ella."

Después de todo por lo que había pasado me sentía fuerte, sentía que no tenía a nada; ni al dolor, ni a la muerte... ni siquiera a la mismísima vida. Sonreí orgullosa para mis adentros, no hacía falta exteriorizarlo, nadie me vería. Todo era oscuridad.

Cantando y repasándome en mi valentía, caí en la cuenta de que sí había algo que me hacía estremecer con tan solo pensarlo, algo que me aterraba; la soledad.

Me giré enrollándome con las sábanas. Una calidez agradable me recibió de buen modo. No abrí los ojos, solo me mordí el labio. Tan cerca y ya te echo de menos".

Una historia de amor, de inquietudes y cambios. Escrita por y para jóvenes.



[www.andreaparis.es](http://www.andreaparis.es)

ISBN: 978-84-616-8016-0



9 788461 680160